MISCELÁNEA SEMANAL DE EL ATLÁNTICO

HOJA 6.ª — AÑO 1.º

SANTANDER.—LUNES 22 DE FEBRERO DE 1886.

Sr. Director de EL ATLÁNTICO.

Querido Enrique: ahí te mando esas cuartillas por si te sirven para los fines que me indicas. No valen cosa mayor; pero son pocas é inéditas: un gran inconveniente y dos relativas ventajas para los lectores de tus *Lunes*. Pésalo todo bién, y resuelve como en asunto propio. De todas maneras, eso es lo menos viejo y lo más breve que he podido hallar entre mis arrumbados papelotes. Es el borrador de una de las limosnas literarias que se me pidieron el año pasado para las víctimas de los terremotos de Andalucía, y fué destinada á cierto *Album artístico y autográfico*, que, con el título de *Charitas*, y bajo la inteligente dirección del insigne y laureado poeta catalán Francesch Matheu, debió haberse publicado en Barcelona hacia el mes de Abril; pero la misma extraordinaria magnitud del proyecto lo impidió, porque invertidos largos meses en preparativos indispensables, nuevas, tan grandes y más extensas calamidades vinieron á mitigar con sus horrores el doloroso recuerdo de las pasadas, y á exigir nuevos y más prontos y muy diferentes sacrificios á todos los españoles que tuvieran juicio para reflexionar y corazón para sentir.

Valga esto de explicación á los que se quejen de lo trasnochado del asunto del boceto ó reparen en los nombres propios que se estampan en su último párrafo, y manda otra cosa á tu afmo.

J. M. DE PEREDA.

Febrero 18 de 1886.

EL ÓBOLO DE UN POBRE.

Llevaba en el bolsillo del chaquetón el oficio que acababa de recibir de la primera autoridad de la provincia. Se le encarecía en él la necesidad de aprovechar el tiempo; se le hablaba de su «bién probado celo», de su «acreditada actividad» y de su «nunca desmentida abnegación en beneficio de los menesterosos.» No estaba él muy seguro de haber dado motivo para que la susodicha autoridad afirmase tan en redondo todas estas cosas, aunque sí de ser tan hombre de bién y sano de entraña como el primero que se le pusiera delante, y de haber merecido de la bondad de Su Señoría, en los dos años no cabales que llevaba rigiendo la administración municipal de su pueblo, el favor de dos comisionados de apremio con 30 reales de dietas, por deudas insignificantes del Ayuntamiento; pero cuando S. S. lo afirmaba de un modo tan terminante...

Además, S. S. daba también por sentado que el alcalde estaría bién al corriente del «horrendo cataclismo» que había «casi borrado de la haz de la tierra española», dos «de las más ricas, bellas y celebradas provincias andaluzas»; y el alcalde no sabía jota de ello, ni aprenderlo podía en el vago, ampuloso y, para él, enrevesado contexto del oficio; ni creía que le sentaba bién á una persona erigida en autoridad, como él, declararse, *oficialmente*, ignorante de sucesos que debían ser harto sabidos en el mundo; y como los últimos *Boletines* recibidos en el Ayuntamiento estaban intactos aún en poder del secretario, acudió al señor cura en demanda de pormenores que le pusieran en autos; pero el señor cura, que en aquel instante iba muy de prisa á confesar á un feligrés moribundo, solamente pudo darle ligerísimas nociones así de las causas como de los efectos del cataclismo mencionado por el señor Gobernador. Tampoco el médico, á quién el alcalde acudió en seguida de apartarse del párroco, fué muy pródigo en informes, porque iba, á todo el andar de su peludo tordillo, á visitar á un enfermo muy grave. Fortuna que el alcalde no se mamaba el dedo; y por ser así, creyó haber atrapado al aire el argumento de la cosa, y hasta consiguió encerrar en el saquillo de su memoria un buén acopio de «fuegos centrales», «fenómenos geológicos», «desprendimientos subterráneos», «gases comprimidos», y otros terminachos que le parecieron de perlas, y más de lo suficiente para dar en el acto cumplido desempeño al encargo que se servía encomendar S. S. á «su bién probado celo, su acreditada actividad», etc., etc.

Porque «lo resultante en finiquito», era, para él, que había muchos menesterosos de pan y de abrigo, «motivao al cateclismo», y que, por caridad de Diós, había que pedir de puerta en puerta una limosna para ellos. Recogiérase la limosna, que de cuenta de quién sabía más que él corría el hacerla llegar hasta los desgraciados.

Y tomó el palo en una mano, metió con la otra el oficio en la faltriquera, y lanzóse con el más sano de los propósitos á recorrer el mísero, corto y escondido lugar de la Montaña, casa por casa.

Así llegó á la de un su muy especial amigo y además compadre.

—Ya sabrás á lo que vengo—díjole en el soportal, donde le halló amañando un armón de la pértiga de su carro.

—Verdaderamente que no lo barrunto—respondió el otro.

—Pués es motivao al cateclismo.

—¿Cate... qué?

—Cate... nada, hombre: que hay mucho probe enfermo y menesteroso que socorrer.

—¿Enónde?

—En la haz de lo más majo de Andalucía.

—¿Peste, quizaes?

—Mucho peor: cateclismo.

—¡Cateclismo!.. Ya lo dijistes; pero ¿qué es ello?

—Juego central, á lo que paece: terrimoto al resultante.

—¿Terrimoto dices?

—Como lo oyes. Mete miedo aquello. ¡Zás, zás! Abajo una casa. ¡Zás, zás! Al suelo media docena de ellas; ¡Golpe acá! La iglesia á tierra. ¡Golpe allá!... La casa de Ayuntamiento.

—¿Y las gentes, hombre?

—Las gentes, según la suerte respetive. Unas, soterrás en vida; otras, muriéndose de hambre, con lo puesto, á campo raso.

—¡Y eso es terrimoto!

—Temblío de la mesma tierra.

—¿Temblío dices? Cuéstame creerlo.

—A la vista está el resultante.

—No le niego; pero tomara yo el caso por juriacán de arriba: vientos mayores.

—Cateclismo neto; no te canses; costa en papeles: terrimoto puro.

—Si costará; pero, si no fué bién reparao de las gentes.. Porque no se me diga á mí que este suelo que yo piso; que esta peña viva que asoma aquí mesmo por la arcilla del portal; que ese monte de ahí enfrente....

—Pura chanfaina todo ello, hijo; pura chanfaina, por lo visto, en cuanto se menea el filómeno jológico.

—¿El qué?

—El despeñamiento soterráneo.

—¿Cuál es eso?

—El juego central.

—Ponlo más claro, si te paece.

—Pués el cateclismo.

—Me dejas como estaba. ¿Ónde se menean esas cosas?

—Por abajo.... ¡muy abajo! Allá adentro.... ¡muy adentro! ¡Boum! por acá. ¡Boum! por allá... hasta que, motivao al retinglé, todo lo de arriba se viene á tierra.

—Macho sabes, á lo que veo, y bién claro lo explicas; pero con todo y con ello, dígote yo tamién ahora, que chanfaina pura.

—Como te paezca mejor, pero á lo que vengo vengo.

—Tú dirás.

—Pues digo que vengo à pedir, por caridá de Diós y mandato que costa en este oficio de la autoridá competente, una limosna para los enfelices que andan por aquellas tierras sin pan y sin abrigo, á la misma santimperie.

—Esa es otra conversación, y me paece muy en su lugar. Hoy por tí, mañana por mí.

—Justo. Y ¿cuánto apurres?

—Según lo que tú pidas.

—Lo más que puedas darme.

—¿Qué te dieron otros?

—En el puño cerrao me cabe todo ello junto.... ¡Si valiera el buén deséo!

—Eso digo yo.

—¿Dás media peseta?

—¡Echa dinerales! ¿Piensas que tengo mina?

—¿Puedes con un real?

—Ni tampoco con medio.

—¿Un perro grande....?

—¡No seas cubicioso, hombre..!

—Pués un perro chico.

—¡Si no le hay en casa! bién lo sabes tú. Mes y medio hace que no conozco al rey por la moneda. Las últimas que tuve se las llevó el cobrador por el último tercio... porque pa eso las guardaba.. De lo colgado comemos; y gracias que hay un poco de ello. ¿Quieres una parte? De corazón la ofrezco.

—Lo sé por demás. Pero sonante se quiere, y sonante ha de ser aunque sea poco.

—Pués de eso no tengo á la presente... ni barrunto que lo halles en todo el lugar. Cuando venda la novilla, para pagar con las ganancias, si las dá, las rentas al amo de ella y de las pocas tierras que labro, del sobrante te daré lo que pueda, aunque yo lo coma de menos ese dia.

—¿Y no dás más por la presente?

—En sonante, no más que eso, y una buena voluntá el dia de mañana.

—Pués esa te apunto, por lo que sea.

Y yo se la garantizo, porque le conozco mucho, y además ofrezco por él para las páginas del *Charitas*, estos renglones que taso, si no le parecen caros á mi amigo Matheu, en un *perro chico*, óbolo con que ya se conformaba el alcalde.

Santander, Febrero de 1885.

J. M. DE PEREDA.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA, SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL,

COLECCIONADAS

POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE CLASE PRIMERA.

VI.

La contestación de Antonio fué esta:

«QUERIDO PEPE:

Cada dia estoy más ocupado en mis asuntos matrimoniales, y cada vez menos convencido de tus discursos en contra de mi determinación, harto seria de suyo para que la trastorne la agudeza de tus argumentos.

Comprendo tu intención, deséas quedarte á la capa; pero eres un diestro tan poco *diestro* que no logras con tu capa parda el *quite* de mi resolución, y ni aún me quitas el sueño echándome el toro al descubierto con una malicia que nunca podría perdonarte, á no saber que piadosamente me maltratas, como uno de aquellos antiguos dómines, que vapuleaban sin compasión á sus discípulos para que algo aprendiesen.

Las lecciones que me dás, discretísimo catedrático de libre enseñanza, procuro con paciencia estudiarlas; pero bién sea por la rudeza de mi entendimiento, que es grande, ora por los graciosos comentarios que á tus cartas hacen mi futura esposa y su hermana Carmencita, que son de oir, no se doblega mi ánimo á tus enérgicos consejos, y, lo que es todavía más sensible, seguimos recibiéndolos con estrepitosas carcajadas.

Por lo dicho comprenderás, Pepe, cuán lastimosamente pierdes el tiempo en espigar palabras de casamiento, en cuya taréa eres tan diligente, que no creo se te haya olvidado alguna; y forzoso es reconocer para tu satisfacción, que todas, absolutamente todas, tienen el doblé ó cuádruple sentido que te empeñas en darles, retorciendo, estrujando, exprimiendo y maleando su natural y genuina significación, porque eres un gran *equivoquista*. Perdona el vocablo en mérito de su exactitud.

No puedo hoy entretenerme en rebatir las sutilezas de tu kilométrica epístola, ni teniendo tiempo de sobra lo haría; demasiado sé lo difícil que es convencer á quién se aferra en no querer ser convencido. Carmencita, sin embargo, dice, que no se necesita mucha elocuencia para traerte á mandamiento, y añade que espera derrotarte, porque no habiendo pedido nadie su mano no es manca para defender su causa.

Ahí tienes cómo se dá al maestro cuchillada. En tu afán de hablar mal de las pobres mujeres no tuviste en cuenta que poco daño puede hacer una mano que se entrega, si no es que callaste adrede esa interpretación por no venir como anillo al dedo en tu empecatado negocio.

No pongo en tela de juicio tus profundas convicciones, aunque pudiera sospecharse razonablemente si es enemigo de los dichos un hombre que en ellos se ampara; pero me consta que en los hechos fundas tus glorias, que no te envaneces en vano de grandes fechorías. Dispénsame, pués, si temerario me atreví á proponerte que inclinaras tu altiva cerviz al yugo del matrimonio.

Si jugásemos á dimes y diretes, recogería esta palabra zarandeada por tí, y la colocaría todo lo alto que pudiera, por ser de suyo excelsa, como que se deriva de *matris*, madre, y *monio*, deber ó carga; así que matrimonio quiere decir oficio de madre, santa misión que trae, con la alabanza el respeto, y con la veneración el convencimiento de que las burlas son impías al hablar de tan grandioso asunto; pero no necesito recogerla, que sigue en una altura á donde no llega el humo de los fuegos artificiales.

Ya ves que mi entusiasmo de neófito excede á tu fanatismo de veterano: tú y yo nos encontramos en distintos campos animados de iguales brios, ó mejor dicho, el animado soy yo, que tú por miedo de resbalar no te atreves á mover un pié ni á respirar á tus anchas, y si esa necia quietud piensas que constituye la felicidad humana, no envidio tu ventura; buén provecho te haga, y que el cielo te la conserve muchos años, sobre los que ya cuentas, para vivir dichoso en este miserable valle de lágrimas, en el cual nadie acierta á realizar sus aspiraciones, pese á quién pese y caiga el que caiga, como si dijeramos, cásese el que se case, atendiendo á que caer de bruces es casarse, y remontarse al quinto cielo permanecer soltero.

Convengamos, si somos justos, en que esos pobres diablos de casados son unos topos, ó hay que confesar al menos, que no son amigos de la luz unos hombres que se llaman *novios*, que se complacen en andar en *velaciones*, y que aún sus contadas horas de ventura conyugal quieren los infelices que las alumbren la dudosa claridad de una luna de miel. Esto es puro oscurantismo; y nada más natural que tropiecen y caigan los que andan á ciegas, aunque se achiquen hasta reducirse á maridos, que es la cosa más insignificante de la tierra.

En todo y por todo son desgraciados los del gremio comparados con los sueltos, pero que no se llamen á engaño; antes de casarse debieron considerar que *contraer* un vínculo implica el achicamiento propio de cualquiera *contracción*, siempre que no se trate de contraer deudas, que entonces, lejos de ser una reducción es una expansión del ánimo acongojado por la impertinencia del deber, y en todo caso el que hará contracciones y gestos será el inglés al ver que no se le paga.

¿Pero, ¿Vírgen santa del Tremedal, qué estoy haciendo? ¿Pués, no abogo, pecador de mí por tú causa, y en vísperas de mi boda cometo el grandísimo disparate de comentar palabras matrimoniales sin reparar en que esto es llevar hierro á Vizcaya. No me mires con piadosa lástima, querido Pepe, mi obcecación consiste en que por ser *celibato* me hallo en el paraiso de los simples. Observa que *celi* en latín es cielo, y *bato* en castellano es un hombre tonto ó de pocos alcances, de tan antiguo, que en las trasnochadas églogas pastoriles así se denomina á los pastores bobos, de lo que saco en consecuencia, aprovechando tus lecciones de análisis charlamentario, que no es discreción lo que sobra en los amenos campos de la soltería.

Ni santidad tampoco, que estáis mal con las virtudes cardinales, al morro con las teologales, y en guerra con las sociales, la economía incluso; sin perjuicio de que abusáis de la economía de *la inclusa* para escandalizar al mundo con un acto de tan perversa conciencia, como es negar honra al que disteis vida, faltando al primero de los deberes de la humanidad.

El desorden cansa pronto, y por un instinto natural de conservación buscamos solícitos un apacible reposo bajo el frondoso árbol de la familia que nace al grato calor del hogar doméstico, antes de que el reuma nos pare los piés con sus torpes lazos, ó antes de que una mujer mal criada, ó una mujer mala *criada*, no vengue á las bién nacidas de los necios agravios que les hacemos.

Esas toscas criaturas, únicas que los solteros tratan, empiezan mimándolos, y después que logran dominarlos no se dan por contentas hasta que los obligan á saltar de cabeza las barreras que se oponen á la celebración de un matrimonio, y esto sí que es dar un *golpe de estado* con todos los honores de porrazo, y esto sí que es una abdicación de principios, que arranca los silbidos de todos, en señal de rechifla universal, pués es huir del suave dominio de una *señora* para venir á padecer bajo el de una *mujer*.

Merecida es su suerte; no hay que lamentarla por injusta. El mundo, lleno de sensatez, vitupera al hombre que se casa tarde y mal, cuando pudo haberse casado pronto y bién, de no empeñarse en ser acerrimo enemigo del matrimonio en su juventud y tan dócil partidario en su vejez que se doblega á casarse con una zafia, grosera y despótica mujer, sin temor á las contingencias de las uniones tardías, desiguales y malas. El porvenir de un matrimonio que así se concierta es tristísimo, y más todavía lo es, si la memoria, que se complace en atormentarnos en los momentos angustiosos, nos recuerda cuán felices hubiéramos sido de seguir la corriente general en una cuestión de tanta trascendencia. Ser débiles, cuando debemos ser fuertes, y resistir, cuando debemos ceder, da ocasión á peligrosas aventuras, y quizá conduzca á una desesperación profunda, en la que ningún consuelo cabe.

Otra vez vuelvo á las andadas; mi manía casamentera lleva mi pluma á trazar un sermón de misionero; á tiempo lo advierto y corto el hilo de mi discurso para no incurrir en la indignación que naturalmente te causará el ver que defiendo á capa y espada una cosa que al parecer aborreces, y que tienes el prurito de que yo también aborrezca.

Los recursos de tu ingenio no han dado el fruto que te prometías; escaso resultado que en parte depende de la dificultad que hay en demostrar que lo blanco es negro; algo en que has tratado al trastéo la cuestión, y mucho en el sesgo que mi asunto va tomando por la tontería crónica de que adolezco, según opinas tú, que entiendes en achaques de tontería.

Conforme te he prometido, te participo que en esta semana me caso. Supongo que al leer estas dos últimas palabras cargadas de dinamita conyugal caerás al suelo por efecto del aturdidimiento. Si después consigues recobrar el sentido y salir del espanto, te prevengo que si no asistes á mi boda, creeré que no vienes por temor á la paliza con que te amenaza Carmencita, declarándote huido, derrotado y un mal amigo, el que lo es tuyo muy afectuoso

ANTONIO.»

Al considerar Pepe que la obcecación de su amigo iba en progresivo aumento, sin posibilidad ya de cura, pensó con Lucrecio: *¡O miseras hominum mentes, o pectora cæca*, oh miserable razón humana, ó pechos ciegos!

FRANCISCO NEÁPOLIS.

(Se continuará.)

EL CÁUCE.

I.

Ignoro si oiste alguna vez el son querelloso de sus aguas; si en tu vida pusiste los ojos en su cristal sereno, y curiosa y maravillada de que tan sin cautela consintiese registrar sus hondos senos y que le averigüen sus mayores secretos, prometiéndote á tí propia no imitar semejante descuido y peligrosa franqueza. No sé si cogiste en sus márgenes myosotis azules para vestir tu incomparable cintura, ó manchadas margaritas con que esmaltar tus ricos cabellos; si á ellas te llevó la casualidad ó el deséo; si la voz de sus aguas te ayudó á sentir ó te ayudó á olvidar; ó si la dejaste perderse en el vago ambiente desdeñándola y prefiriendo aquellas voces íntimas y melodiosas que á tus años suenan dentro del corazón.

No sé, en resolución, si le has visto, si le conoces, si es parte en la vida de tu espíritu, como lo es en la del mio, como lo son en el perpetuo é hirviente crecer de los recuerdos aquellos lugares donde en esta ó en la otra hora del alma nos mostró la naturaleza con viveza desacostumbrada su gracia, su grandeza y su hermosura.

Él nace borbollando en lo más áspero de un monte, del cual se desgaja saltando é hiriendo el aire con alegres voces, cual prisionero que se mira libre del calabozo oscuro de la densa tierra; corre por verdes praderías, sin darse mayor pompa que algunas malezas erizadas en sus orillas; rasga una vega, donde ya la mano del hombre se escuda de sus arrebatos arrimando á la mal trabada tierra aquellas piedras que la misma corriente trae y con su choque y trabajo redondea y pule, y se entra luego bajo la sombra de gallardos alisos, cuyas raices le beben el agua, hinchando las venas del bermejo tronco, dando empuje á la erguida y derramada copa, y color y vida á sus hojas menudas, lucientes y recortadas. . . . . .

M.E.C.D. 2017

II.

«Ello no tiene remedio. Necesito obedecer á madre Luisa, que en su primera carta ha de preguntarme si soy puntual en seguir sus consejos, y como yo he de contestarla y no he de mentir, no puedo menos de prevenirme á tener que decir y no pasar por desobediente.»

«Madre Luisa es tan buena, que no merece perdón colegiala que no la quiera y dude en echarse al fuego por ella primero que causarla pesadumbre, y yo la quiero de veras, y no me costó pocas lágrimas separarme de ella; pero ¿porqué se le ocurriría darme este consejo de escribir un Diario? ¡Escribir un Diario yo, la más perezosa de la clase de escritura! y ¿qué se escribe en un Diario? ¿lo que se hace? ¿lo que se dice? ¿lo que se piensa? ¿Los sucesos de bulto, como decía el profesor de Historia? ¿Lo que ocurre en casa? ¿lo que pasa fuera? ¿Quién me dirá á mí, pon esto y quita esto otro? ¿Cómo sabré yo lo que merece la pena de escribirse y lo que nó?

«Tiene gracia madre Luisa.»—«No hagas de este trabajo ocasión de vanidad»—me decía. Buena está la vanidad, cuando no sé por donde principiar, y daría lo que no tengo porque me quitasen esta obligación de encima.—«Ni has de buscar primores»—continuaba la señora—«porque ni tu vocación ni tu oficio son de escritora. En lo que pondrás sumo cuidado y todas las potencias de tu alma será en mostrarte sincera, teniendo en cuenta que no puedes engañarte á tí misma. Y, al escribir, haz propósito firme de no borrar ni tachar palabra escrita; lo cual te hará por una parte pensar mejor lo que hayas de poner, y porque no borrarías cosa escrita de cuyo borrón no te arrepintieras luego.»

«Perdóneme madre Luisa, pero esto del Diario me parece á veces una tontería. Quiero decir que, puesto por obra, como debe hacerse, por mujer de más luces y experiencia y mejor escritora que yo, será cosa buenísima y de tanto provecho como decía madre Luisa; pero, ¿á qué me voy á contar yo á mi misma en el papel lo que haya visto y oido, ó lo que ejecute? ¿no lo tengo sabido de sobra? ¿será para que no se me olvide? Nó, lo que me importa de alguna manera, segura estoy de no olvidarlo.»

«Lo más triste es que consultada Mamá sobre estos apuros mios, ha dado la razón á madre Luisa y apoya su consejo recomendándome no descuide el seguirlo. ¡Estoy lucida! En fin, escribiré cuanto se me ocurra; al cabo nadie ha de leerlo y habré puesto los medios para obedecer, que es lo más á que la obligación alcanza. ¡Diós mio! ¡cuántas tonterías voy á decir! y si luego las vé por casualidad alguno, cuando menos se piense ¡cómo se reirá de mí!

«Ea, el Señor me asista. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amen.

«Pero ¿cómo empiezo? ¡ah! pondré la fecha:

«El Rutizal, 24 de Julio de 1874.»

«Está bién. Y ¿qué sucede en el Rutizal? Y ¿á quién le importa lo que en el Rutizal sucede? Y ¿á quién le cuento yo las aventuras del Rutizal? Pués se las contaré á una amiga, á una compañera de colegio, á Cristina; y con esto, escribiendo á persona determinada, de carne y hueso, y de mi cariño, he de hallarme más á gusto que escribiendo al aire, sin saber á quién hablo ni con qué semblante me escucha, ó qué cara pondrá cuando una lea.»

«Querida Cristina, pués: el Rutizal es una casa de campo en la Montaña, muy triste en invierno, muy alegre en verano. Digo, yo hace tres años que no paso aquí el invierno y no recuerdo que sea demasiado triste, pero se lo oigo decir así continuamente á muchas personas y pienso que dicen verdad. En lo que hace á la alegría del verano ¿quién dudará, teniéndola á la vista? Está la huerta de flores que dá gloria, aún cuando Mamá dice que no son nada en comparación de las que hubo un mes hace, en primavera. Cierto que ya no hay lirios, ni violetas, ni bolas de nieves ni je..... ni jeringuillas..... Vamos á ver, se puede escribir esto? Tú llamabas á esa flor calinda; yo la llamaba cinamomo, como la había oido llamar siempre; pero vino al colegio no se quién y aseguró que el nombre propio y verdadero de la planta era ese nombre horrendo que acabo de escribir para no faltar á la sinceridad recomendada por madre Luisa, y que nunca me resolveré á pronunciar. A pocos renglones escritos ya comienzan los tropezones ¡qué será en adelante!

¿Quién pondrá nombre á las flores? ¿Lo sabes tú, Cristina? Alguno que las quiso mal, sin duda; porque las hay desdichadísimas en esto, y suelen llevar los más espantosos las más graciosas y expresivas. ¡Correhuela! mira tú que llamar correhuela á esa planta airosa y viva que se encarama por todas partes colgando en troncos y bardales sus campanillas blancas! ¡Correhula! término desdeñoso, diminutivo de correa, cosa antipática y fea que, huele mal y pega su peste á cuanto la toca! ¿Y escaramajo? ¿no parece nombre de sabandija? ¿No suena á bicho de esos asquerosos y malos que arrastran y se oyen más que se ven, y en oyéndolos ya se figura quién quiera cómo son, cosa de cucaracha ó ciempiés ó escarabajo? Pués el capellán llama escaramajo á la rosa montesina, tan linda y elegante que crece aquí á la paz de Diós en todos los atajos y roturas del monte, á la rosa tan mona que tiene en trancés un nombre tan simpático, églantine, te acuerdas?

«¿Pero á qué cuento viene hablar de flores que no hay en casa? ¿No estaría mejor hablar de las que hay? Tenemos rosas de cién hojas como repollos; dálias que no me gustan de cerca, pero de léjos dicen muy bién con sus colores vivos y variados y su abundancia: jazmines que suben por todas partes y caen de la pared al cáuce, y geranios, pensamientos, heliotropos y verbenas que Mamá ha puesto en todo el patio, al pié de los balcones, donde antes no había más que piedras para martirio de los piés y charcas para recréo de los patos. Esta es la novedad mayor que he hallado en el Rutizal al cabo de mis tres años de colegio, y sin saber si alegrarme de ella, porque echo muy de menos aquel gusto que teníamos de echar pan á las aves desde el balcón después de comer. Y como las aves pican las hojas y escarban la tierra, ahora las echan á pacer al prado ó las cierran en el gallinero.»

JUAN GARCIA.

(*Concluirá.*)

VENENOS Y ANTÍDOTOS

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

No sé porqué, al escribir este epígrafe, se me han venido á la memoria los pavos reales.

¡Aves inocentes! cuya debilidad consiste, al cabo, en hacer ostentación de una verdadera belleza.

Bajo este aspecto, en lo que puede afectar á la vanidad, algo más censurables son los pavos comunes, de sucio plumaje, matizado sin brillo, que cuanto más se esponjan más feos parecen.

En esto se dan la mano con muchas personas que procuran hacer efecto en el mundo y cuanto más alardéan de ciertas dotes que les ha negado el cielo, más en ridículo se ponen.

Pero, al fin, estas son unas flaquezas, á cuya tolerancia puede aplicarse, sin gran esfuerzo, el precepto de una de las obras de misericordia.

De mayor trascendencia son, sin duda, otras manifestaciones, hijas legítimas de la verdadera Soberbia.

De esta se ha dicho, en los sagrados libros y por boca de los Santos Padres, que engendra todos los pecados.

De aquí que no haya por donde coger á los soberbios.

Si se trata de sí mismos, no encuentran homenaje que les parezca suficiente; si se trata de los demás, cualquiera deferencia les parece excesiva.

Y es que la envidia marcha siempre de cortejo con la Soberbia.

Figúrense ustedes á un soberbio cualquiera, porque suele ser *un cualquiera*, y le verán con la cabeza erguida, sintiéndose estrecho dentro del traje más amplio, sacado el pecho, la mirada despreciativa, fruncida la frente, como quién recela que se le pueda faltar á lo que se le debe, llevando en sus ademanes el sello de la rebelión contra todo, porque él á nada debe obediencia y todo debe estar debajo de él: en fin, un Lucifer en miniatura.

Este angel malo disputaba el cetro del cielo y de la tierra; pero el mundano Lucifer suele disputar muchas veces hasta la credencial para un estanco ó la provisión de una cartería.

Si no fuese por el daño que á sí mismos se hacen los soberbios, que concluye por constituirlos en objeto de lástima, no podría encontrarse cosa más risible.

Sobre todo en estos tiempos, en que los Nabucodonosores perderían el suyo lastimosamente, si se empeñasen en hacer adorar su estátua.

Esta reminiscencia bíblica me hace recordar los castigos con que el Todopoderoso ha dado á la soberbia su merecido.

Nabucodonosor, separado del comercio de los hombres, vivió entre las bestias salvajes y se apacentó como ellas en los campos.

No hay manera mejor de hacer bajar la cabeza á quién la quiere tener tan alta.

Aquel castigo se le recordó á su hijo, el rey Baltasar, el profeta Daniel al interpretar la inscripción que hizo aparecer una mano misteriosa en el célebre festin.

La soberbia de este Baltasar, que le arrastró hasta destinar á su uso propio y el de sus comensales, en aquella cena fastuosa, los vasos sagrados, arrebatados por su padre al templo de Jerusalen, fué castigada sin darle lugar al arrepentimiento: tan grande era el sacrilegio á que le condujo.

Otra soberbia, con puntas de inocente, fué la construcción de la torre de Babel, con el propósito de escalar el cielo.

A tan ridícula pretensión no correspondía mejor castigo que el poner á sus iniciadores en situación de que no se pudieran entender.

En este estado también se encuentra la Sociedad actual; que si entonces causó aquel efecto la confusión de lenguas, hoy la confusión de las idéas hace el mismo oficio.

Pero la Soberbia hace también que el corazón se agite en un mar de encendida lava, que tales son las negras torturas á que le sujeta.

Ve el soberbio un rival y siente que le desgarran el pecho las víboras de la envidia; reconoce á su pesar un superior y ha de poner en juego las armas de la calumnia y ha de conspirar para su desprestigio: se le niega, aunque sea por descuido, el homenaje á que se juzga acreedor, y nace en él violento el odio, y si puede castiga la falta como un crimen de lesa majestad; llega á persuadirse de que ha cometido un error y en él persiste por no dar su brazo á torcer.

Con tan simpáticos sentimientos, cualquiera puede figurarse los que ha de inspirar á los demás.

Por algo se ha dicho que la Soberbia es la madre de todos los vicios.

Así que Tobías, entre los consejos que daba á su hijo, le decía: «No permitas que el orgullo domine en tu corazón, ni en tus palabras, porque él es orígen de la perdición general.»

Triste afirmación contra cuyo efecto en el ánimo solo puede ser bálsamo eficaz saborear la que respecto á la virtud, que forma la antítesis de este pecado, hacía San Basilio: «La humildad es el tesoro completo de todas las virtudes.»

Y en otro libro sentencioso se dice: «al lado de la humildad está siempre el buén juicio.»

Esto no necesita demostración.

La humildad, que siempre da lugar á la desconfianza de sí mismo, puede ser una rémora para dejar tomar vuelo á las concepciones que en el espíritu del humilde se engendren, pero es una garantía contra el error á que casi siempre conduce al orgulloso la ciega confianza en la infalibilidad de sus juicios.

Por eso suele ser la tontería hermana gemela del orgullo.

Los habrán visto ustedes, como yo, con harta frecuencia á esos hombres, satisfechos de sí mismos, que deciden en todo.

Para ellos no hay problemas: la cuadratura del círculo no está resuelta aún porque no han tenido la humorada de ocuparse en ello.

Si cualquiera de estos felices bípedos se fijase un poco en esa cuestión, sería capaz de exclamar de pronto: ya está resuelto: se hace un círculo con un cordel, se colocan por el interior cuatro estacas en cuatro puntas equidistantes respectivamente, que correspondan á los ángulos que formen cuatro líneas perpendiculares entre sí, y hé aquí cuadrado el círculo.

Esta frescura para decidir asombra.

Y aunque parezca exagerado lo que queda dicho, no tienen mayor importancia las soluciones que en otros asuntos suelen dar con el mayor aplomo.

Así salen ellos de lucidos la mayor parte de las veces.

Por el contrario, al hombre modesto todo el mundo le oye con benevolencia.

Hasta el error se le disculpa, porque enunciado como para someterle al juicio de los demás, no lleva el sello de la imposición, de que siempre reviste los suyos el orgulloso.

Hay que decidirse por la humildad, aunque solo sea por la mira egoista de pasar la vida con mayor quietud y huyendo la ocasión de crearse enemigos.

Y, sobre todo, porque la humildad hace que el hombre reconozca lo poco que vale, y dé mayor estimación al alto fin para que fué creado.

Por eso San Bernardo la define así: «La humildad es una virtud por la que el hombre, fundado en el verdadero conocimiento de sí mismo, se mira con menosprecio.»

TADEO NOE LUFF.

EL CAFÉ.

¡Mozo!... Ustedes dispensen, creí que la mesa de la redacción era la mismísima del «Suizo» en que, hace breves instantes, casi he reñido con nuestro Enrique. Eso sí, él es muy simpático, pero que yo defendía la razón lo probará este mismo artículo, después de cuya lectura todos han de dármela.

Es el caso que departiendo amigablemente sobre las cosas del dia, se habló del periódico y hasta se murmuró de sus «misceláneas semanales».—¿Cuándo nos favorece V. con algo? me dijo. A la verdad, creí que se burlaba de mí, y con ademán fosco le contesté: —Cuando los *escribidores* y *habladuristas* entren en el turno pacífico de la colaboración.—Pués hombre, V. ya ha hecho algunos artículos.—Sí, le dije irónicamente, en el escritorio con los corredores los hago con frecuencia sobre cacaos, azúcares y cafés.—No me negará V. que estos son artículos corrientes; por lo tanto, venga uno y le doy á la publicidad en seguida. Y al mismo tiempo, y como para más obligarme, cargóme una partida en el debe de nuestra cuenta, ofreciéndome un magnífico Londres de la Vuelta de Abajo, de los que ha recibido por el último vapor de la casa; pués sabrán ustedes que tiene, naturalmente, EL ATLÁNTICO el *usufructo* de todos los buques que le cruzan, de aquende y de allende.—Vamos á ver, le repliqué, ¿usted quiere un artículo de circunstancias para servir á los parroquianos café... en letras de molde?—Aceptado.

No sé si me narcotizó el aroma del suculento veguero, ó si por un exceso de amor propio empeñé mi palabra, alucinado en aquel momento; pero exigiéndome que la cumpla, sin duda para poner á prueba la paciencia de ustedes, aquí me tienen cual otro capitán Araña,—que por excepción esta vez no se queda en tierra,—embarcado con rumbo á Moka. Conque, pelillos á la mar, digo á EL ATLÁNTICO, y todo el mundo en sus puestos: largar muchachos... las cuartillas y avante, maquinista. Mas antes de cumplimentar mís órdenes, observa mi segundo, esto es, el regente, que no tenemos á bordo ni el lastre de una cuartilla más.

Vamos, cuando yo le decía á Enrique que andar en *galeras* me mareaba y que no podría tomar rumbo... miren ustedes si estaba en mis cabales al asustarme ante los intrincados derroteros del periodismo; pero como precisamente este es el elemento de mi obstinado amigo, que en él se encuentra como el pez en el agua, crée que todos somos de la misma madera, como aquel soldado de Napoleón. Nada, nada, á tierra firme, y aún así me temo no dar gusto á los señores.

***

El café (género coffea, familia de las rubiáceas.)—Las especies correspondientes á este grupo son plantas de hojas opuestas, de estípulas interpeciolares, y proceden del Perú, costa occidental de Africa, India oriental y de la Arabia, siendo esta la más digna de anotarse entre todas. Hoy, por el orden de su estima, se cultiva en Moka, La Martinica, Guadalupe, Borbón, Cayena, Santo Domingo, Ceilán, Cuba, Puerto-Rico, Brasil, Java, Sumatra y otros puntos, de los que no hago especial mención por ser escasa su importancia para el comercio en general.

No he de engolfarme en disquisiciones para averiguar sí es originario de la Etiopia, en donde, según Lagrenné de Mezieres alcanza mayor desarrollo y es más aromático que en la Arabia; pués, dejando este punto de controversia á Raynal, Hoeffer y otros historiadores, yo al moka me atengo por ser el más aristocrático de todos los *cafeses*, como dice un amigo mio. Tampoco está dilucidado si el primero que de él hizo uso fué el molaco Chadely ó el prior de un convento de la Arabia, quién, conocidas sus propiedades, daba esta infusión á sus monjes para que no se durmiesen durante las salmodias nocturnas.

El consumo de tan excelente tónico importa cuantiosas sumas en todo el Oriente, donde los ulemas, ó guardadores de la ley, pretendiendo estar prohibida por el Corán esta enervadora bebida, fueron causa de encarnizadas luchas religiosas, tan sangrientas siempre en estos pueblos fanáticos por carácter. Los orientales, con sus cantos heróicos y sus mil tradiciones, en que excediéndose á sí mismos han hecho gala de su fantasía, conságranle un culto que no han podído proscribir ni el cisma religioso ni las discordias políticas: pués si bién en tiempo de Amurates III, en que solo en Constantinopla se ofrecía al público esta bebida en más de seiscientas tiendas,—que si servían para distracción de los mejores ciudadanos, eran también refugio de la gente sospechosa,—se vió obligado á dar un rescripto para su clausura, su impopularidad le hizo derogarle.

Hasta mediados del siglo XVII no se vendió en París y Londres, si bién se cree fué ántes conocido su uso en Europa y, sobre todo, por sus muchas relaciones con el Oriente, en Venecia, por más que allí no se generalizase.

En una audiencia que en 1669 celebró el embajador turco Solimán Agá Muteferrika con el marqués de Ligonne, ministro de negocios extranjeros de la Córte de Francia, saborearon las primicias del café, servido en un magnífico juego de china que, dícen las crónicas, regaló como recuerdo al ministro. En forma menos aristocrática, adquirió poco después carta de naturaleza en Londres, atribuyéndose á un mercader, de regreso del Levante, el establecimiento del primer café, y por cierto debió darle pingües ganancias, pués bién pronto instaló varias sucursales, siguiendo su ejemplo otros en esta y las demás naciones de Europa. Estos centros no tardaron en convertirse, no solo en mentideros políticos y lugares de maledicencia, sinó también en antros de sedición, por lo que los prohibió en Inglaterra, en 1675, Cárlos II.

No conozco en España—á pesar de *hacerse tanto tiempo* en estos sibaríticos establecimientos y en la escasa taberna, con la circunstancia agravante del politiquéo,--ninguna disposición que los haya prohibido, será sin duda porque *semos más liberales*: no de otro modo me explico, cómo al encarecer los cafeteros de Madrid hace pocos meses el *café con gotas*, no se tomó por el gobierno una medida enérgica y radical; pués si la *high life* que lo saboréa en las cervecerías de la Carrera y del Príncipe pedía una crísis, en los tugurios del problemático café de los barrios bajos, donde ajustado al pentágrama del *cante* flamenco se hace el programa de todas las revoluciones, por poco se arma una de *pópulo barbaro*.

Por tanto, este espíritu revolucionario, según hemos tenido ocasión de observar, es típico del precioso néctar, pués de igual modo le asimilan el español levantisco, el árabe legendario, el turco inerte y el hijo flemático de la Albión: y como me elijan diputado en las próximas, estoy resuelto á proponer á las Córtes se nombre una comisión de sabios naturalistas para que le clasifiquen de nuevo, por si Linneo no le incluyó, por ignorancia crasa, en la familia de los caciques, lá que debe pertenecer.

***

En este momento, el que debió ser mi segundo en el fracasado viaje, regente efectivo en la imprenta de EL ATLÁNTICO, pide original, y como ustedes ya conocen bién el *artículo*, témome que juzgándole imparcialmente no les guste mi muestra, por averiada. Así, aprovechando la ocasión, que será lo único bueno hecho en él, me despido de ustedes y de la redacción, con promesa formal de no volver á poner en ella los piés, y por tanto, de no escribir más con ellos en EL ATLANTICO.

J. D. DE LA P.

PARÍS POR DENTRO.

LA MUÑECA DE PARÍS.

Esta veleidosa ciudad, que Víctor Hugo ha llamado *el cerebro del mundo*, necesita, como los niños mimados, su juguete.

El juguete del dia es Luisa Michel, quién, cual otro Silvio Pellico con faldas, ha dado á luz, al salir de la cárcel, sus Memorias.

Toda la prensa se ha ocupado estos dias del asunto, ya porque la gran revolucionaria es en el fondo una infeliz llena de sinceridad y capaz de los mayores sacrificios, ya porque el caso patológico que al pensador esta mujer ofrece no deja de revestir cierto interés.

Luisa Michel, ora amotinando al pueblo contra los panaderos, ora perorando en los clubs contra los infames capitalistas, ora escribiendo en la cárcel sus Memorias, es un tipo esencialmente parisiense que como suyo París reivindica, porque París es no solo la capital de todas las grandezas, de todas las elegancias, de todos los atrevimientos, de todas las pasiones, sinó también la de todas las bagatelas, puerilidades y aberraciones.

Cuando suena la terrible hora de la revolución, París ensangrienta sus calles con la misma sencillez y frescura con que al dia siguiente se divierte y baila sobre las aceras aún por la pasión escaldadas y por la sangre enrojecidas.

Por eso precisamente, á causa del veleidoso carácter galo, en esta caprichosa ciudad todo dura poco, porque París necesita un juguete nuevo que poder romper cada dia y, como el niño consentido y mal criado, lo rompe, lo tira y lo olvida, ya tenga ese juguete la máxima importancia de un héroe ó de un genio, ya la mínima de un comediante ó de un payaso, llámese Hugo, Gambetta, Lisbone ó Bylli Hayden ó Sarah Benhardt, la Patti, Luisa Michel ó mis Leona.

París necesita su polichinela ó su muñeca y en estos momentos la muñeca á la moda es Luisa Michel.

Ayer, cuando enarbolando en la punta del mango de una escoba una saya negra, en guisa de bandera, predicaba la revolución por calles y plazas y pedía á gritos pan para el pueblo, fué tratada de loca furiosa y perseguida y condenada. Hoy, al leer el libro en el que nos cuenta sus aventuras, sus ilusiones y sus tristezas, todos, aún sus más encarnizados enemigos, elogian á porfía á la que fué ayer el terror de París. Esta general y respetuosa conmiseración se debe á la sinceridad y á la energía de que esa mujer ha dado pruebas ante el Consejo de Guerra, y á su carácter entero, decidido, sin perfiles, sin idea de transacción, brutal y osado, pero á su manera digno y puesto sin reserva al servicio y á la devoción de la idéa que su desequilibrada imaginación cree justa.

Hay que juzgar sin pasión y hay que decir y escribir la verdad. Luisa Michel dista mucho de ser una mujer depravada. Cuando toma la palabra, en el club, para defender la causa del proletariado, lo que constituye el supremo goce de su vida, Luisa Michel no es más que una peligrosa energúmena; pero así y todo, loca y comprometedora—¡qué mujer no lo és á su modo y en su dia!—tiene encarnado en el alma el sentimiento de la abnegacióu y del sacrificio hasta el punto de que Luisa Michel es capaz de predicar con el ejemplo la sin igual consoladora doctrina de Jesucristo, de quién quizás sin saber lo que dice su boca blasfema, dando cuanto posee al desvalido y quedándose, no sin manto, sinó sin camisa, para cumplir una de las más hermosas obras de misericordia: Vestir al desnudo.

Pero, por otro lado ¡qué temperamento extravagante é inconexo! ¡Qué ridícula manía de querer estar siempre en escena! ¡Qué ánsia de que los periódicos y las gentes se ocupen constantemente de su persona! ¡Qué figurón de comedia!.....

Bajo este concepto y dado que en nuestra gloriosa y avanzada época, en Francia sobre todo, no hay gran diferencir en política, en arte, en literatura ni en nada, entre el oropel y el oro, entre el heroe de zarzuela y el heroe de veras, entre la vida real y la ficción cómica, la existencia de Luisa Michel no solo se comprende y se explica, sinó que resulta ser de *utilidad* y *necesidad públicas*.

París quiere divertirse; París quiere su muñeca, y cuando París quiere algo, lo busca y lo encuentra.

La muñeca de cién resortes que se llama Sarah Bernhard ya pasó de moda. La cabeza de turco sobre la que París ha estado pegando palos durante un año, que se llama Julio Ferry, no es ya de actualidad. Del cadáver de Wattrin ¿quién se ocupa? Del asesino del prefecto Barréme ¿quién se acuerda? Del que degolló á María Aguetan ¿quién hace caso? ¡Juguetes sangrientos de un dia arrojados al canal del olvido!

Solo Luisa Michel, que muy pocos temen y de quién casi todos rien, sus *Memorias*, llenas de aventuras curiosas y locamente escritas, sus bizarrías, extravagancias y amenazas, entretienen y divierten á este niño mimado que se llama París.

¡Viva, pues, Luisa Michel!
Hourrah ¡pour Louise Michel!
Louise Michel for ever!...

PIO SILBEN.

Neuilly-sur-Seine 16 de Febrero de 1886.

M.E.C.D. 2017